

Títeres del destino

Las puertas de la entrada, abiertas de par en par, anuncian que los esbirros de la tragedia se han tomado esa casa. El viento, cómplice insolente, merodea por el jardín y, de vez en cuando, entra a hurtadillas y figonea el patético cuadro que se observa en el living. Los muebles están desperdigados sin orden ni lógica, un sofá acostado, una silla patas para arriba, un cuadro descansando en la alfombra persa mirando el techo y, detrás de la mesa del comedor, desvanecida y cubierta de una maraña de pelo azabache, se encuentra una madre deshaciéndose en gritos. Entre sus quejidos y llanto convulso, se adivinan las palabras ¡se lo han llevado! y ¡Mi hijo! El viento se escabulle del living y espía en el dormitorio, sus ojos se detienen en una cuna incompleta. La brisa, asustada, se encamina hacia la entrada de la casa, acaricia el cuello de la mujer, como un consuelo absurdo y se retira, ya ha visto suficiente; tampoco quiere estar ahí, ahora que el padre está ingresando a la casa y pronto sumará su llanto a esa fotografía en sepia titulada “Rapto de bebe”.

El padre, luego de secar las lágrimas de su mujer, recordará las jornadas pretéritas de esa familia feliz, cuando aun no emergía de entre las sombras del subconsciente de su esposa, el fantasma de la locura, esa locura que quebró la normalidad del *hogar dulce hogar* y que dibujó en su mujer una caricatura delirante. Un retrato a lápiz alzado de temblores, convulsiones y arranques de gritos y llanto histérico. Hoy, esa viñeta de blanco y negro parece manchada con el carmín de una tragedia real y no una alucinación demente. Porque hoy, este episodio es brutalmente distinto al último ataque neurótico de su mujer. Hace dos días, el marido la encontró sentada en la mesa del

living. Su cabello, su cara, sus brazos y su vestido estaban salpicados de una sangre viscosa. El esposo la quedó mirando estupefacto y preguntó con voz entrecortada: “¿Qué ocurrió?”. Ella no supo que responder. En un principio, delineó evasivas, pero, luego, cuando el hombre la arrinconó con la piedad falsa de un “no te preocupes, lo entenderé”, ella lo confesó todo. “Estaba en la cocina preparando la cena y no me vas a creer: llovió sangre”. La explicación absurda no perdonaba su desequilibrio mental. Pero el hombre perdonó la irracionalidad y tomando cariñosamente las manos de su mujer, le recordó:

- Mi amor, vamos al Hospital, deben revisarte esas heridas.

-¿Qué heridas? No tengo heridas, te repito: llovió sangre. Fue, quizás, un castigo divino. Simplemente desparramaron sangre sobre mi cabeza, como si me señalaran como una pecadora

- Eso es absurdo.

- ¿Absurdo? Te repito, no tengo ninguna herida, me llevarás al doctor y el médico descubrirá que no tengo nada. Pierdes el tiempo... Además, ya tengo una explicación de esto.

- Que explicación...

- Somos títeres del destino. ¿No has sentido nunca, que existe alguien en lo alto que mueve los hilos de tu existencia y te maneja a su gusto? Llámalo Dios, Maestro de Títeres, Entidad Suprema. Ese hombre está jugando conmigo y dejó caer esta lluvia de sangre quién sabe porqué.

No quiso discutir más con la mujer, sólo le recomendó que el viernes debía reiniciar la terapia psiquiátrica que había dejado trunca... Es decir hoy, es decir el día en que ha llegado a la casa para descubrir que ha desaparecido su hijo y que el hogar está repleto de policías y de un inspector que interroga a su mujer, buscando algo que ella no puede dar: una explicación racional.

El inspector anota en una pequeña libreta la declaración de la mujer. “La coartada de la madre es inconsistente. Ella dice que a las 15:00hrs estaba cocinando, y que, preocupada por el silencio del infante, fue al dormitorio y descubrió que el bebé había desaparecido. Sin embargo, sólo llamó al cuartel a las 16:30. ¿Por qué?

“Y”, pregunta el detective, “¿Por qué tardó tanto en avisar a la Policía de esta desaparición?”. La mujer no sabe que decir, sus ojos se detienen en el lápiz del detective que, enredado entre el pulgar y el índice del policía, parece dirigirse contra ella y apuntarla como una criminal. Siente que debe exculparse y...Habla: “¿acaso cree que esto es un engaño? ¿Cree que yo lo ahogué en la tina y que ahora me hago pasar por una madre compungida? Que espera, vaya a la baño. O quizás su prueba está en la cocina, revise si falta un cuchillo con el que le cercené el cuello al pequeño. Vamos que espera. ¿Tiene pruebas de que yo lo maté? Lo desafío a que lo pruebe”. El marido quiere calmarla, pero sus intentos no conducen a ninguna parte. “Déjame, tú también estás en mi contra, todos están en mi contra. Déjenme sola”... El hombre se aparta y se une al detective, que camina por el pasillo y va hacia la puerta de entrada. El esposo adivina que el policía también duda de la declaración de la extraviada mujer y que apunta sus

dardos ponzoñosos a esa madre demente. “Mire, Detective, debe comprenderla, está en un ataque de pánico. Nos han secuestrado a Manolito. Póngase en su lugar. Además viene saliendo de un tratamiento psicológico y esto no la ayuda”. El padre se da cuenta que el tampoco la ha ayudado con esa frase. ¿Tratamiento psicológico? pregunta el investigador y el marido descubre que ha rubricado, sin querer, el futuro ingreso de su mujer a un Manicomio.

Pero el hombre no alcanza a retractarse, un policía interrumpe la conversación:

- Señor, es mejor que venga al jardín.

El inspector se arregla la gabardina y ordena que los policías lo acompañen hasta el patio. “Ustedes”, les indica a los padres, “por favor, vengan conmigo”. La pareja sigue al detective hasta un pequeño bosque de alerces. Junto a uno de los árboles hay un bulto deforme. Los padres y el inspector se acercan. Es el bebe muerto. Su cara, salpicada de sangre coagulada, está con marcas de dientes que han desgarrado su infantil semblante. El niño es ahora una colección de moretones, carne tumefacta y huesos rotos...

El detective anota en la libreta que el infante ha muerto a causa de múltiples heridas provocadas por un animal doméstico. La madre no resiste ese cuadro pavoroso, siente que sus rodillas se quiebran y que alguien le ha cortado los hilos al titiritero que la domina. El padre intenta sostener a la mujer en su caída libre, pero termina también desvaneciéndose inerte ante esa tragedia descarnada y preguntándose casi como en ese cliché del discurso de las víctimas ¿Por qué a nosotros?...

El viento trastabilla como un ebrio y cae al piso formando un remolino imperceptible. La culpa es de una niña que ha dejado sus juguetes desperdigados por el suelo y llama a gritos a su madre, mientras un incipiente llanto asoma en sus pequeños ojos pardos...

- ¿Qué pasa Catalina? ¿Por qué llora mi hijita?
- Mamá, Mamá, el Bobby entró a mi pieza y rompió uno de mis muñecos...
- Catalina, cuántas veces te he pedido que guardes la casa de muñeca en el closet. El miércoles me dijiste que Javier pintó con tempera roja una de las muñecas.
- Pero mamá, es que salí a jugar al patio y cuando volví... ¡Por favor!, ¿Puedes comprarme otro bebe? ¿Ya? La mamá y el papá están tristes sin su hijito...
- Bueno, bueno, vamos a la juguetería y te compró otro más...

La niña sonrío satisfecha y el viento... Sí, el viento escapa furtivamente del cuarto y se va a buscar otra tragedia.